

ILLUSTRATION

von PLUS ULTRA



PALOMA Y GAVILAN

SUSCRICION

Num. 27

Año I

NÚMEROS SUELTOS

Semestre... 3 Ptas.

Año... 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDELLERS 5, 7 y 9

Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 10 Marzo 1887

10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta

Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

SANTIFICAR LAS FIESTAS

Nada menos se ha pensado ahora que imponer sanción penal á cuantos en adelante trabajen en día festivo. Salvando toda clase de respetos, permítaseme decir que encuentro el proyecto tan fuera de casillas que casi me haría salir de las mías. Y no es que yo opine así por sentimiento irreligioso, sino porque considero que castigar á los que no guardan descanso en días de fiesta, equivale á poner puertas al campo.

Supongamos que la enmienda introducida en la base 9.^a del Código penal en gestación, se traduce en este artículo: «Incurrirá en la pena de tanto ó cuanto el que sin licencia del Diocesano trabaje en día festivo.» ¿Qué tendremos con esto? Pues tendremos una disposición perfectamente inaplicable en justicia. No proponiéndome sacar argumento del artículo 11 de la Constitución que establece que «nadie podrá ser molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de su respectivo culto,» claro es que no voy á decir que hombre puede haber que profese las creencias mosaicas, por ejemplo, el cual despues de haber estado mano sobre mano murmurando salmos todo el día del sábado, se eche, si es zapatero, á repiquetar suelas el domingo, contándose amparado por el citado artículo constitucional, y luego sin valerle excusas se encuentre con que á tenor de una ley adjetiva, con mengua del Código fundamental le carguen una pena que le apabulle. El motivo que tengo para tildar de inaplicable la tal sanción punitiva, es mucho más vulgar. Voy á exponerlo.

Ley es un precepto común que debe ser cumplido según justicia. La ley dictada á un pueblo no distingue en su aplicación clases, edades, profesiones, ni gerarquías. Una ley de carácter general que fuese sólo aplicable á determinadas personas, no sería ley, porque no sería justa, ya que no daría á cada uno lo merecido.

Ahora bien, supongamos vigente un artículo que penase el trabajo en días festivos. ¿Qué sucedería? Pues nada menos que una serie de tiranías jurídicas de las cuales resultarían víctimas los pobres.

Que el Tuerto ó el Chato, cava en domingo la viña para ahorrarse un jornal del que necesita para dar de comer á su familia: pues multa porque no ha obtenido dispensa del Obispo. En cambio D. Blas, y D. Senen, el uno arquitecto y el otro banquero, se pasarán toda la fiesta metiditos en sus despachos, el

primero trazando planos, y el segundo combinando operaciones bursátiles, y nadie les andará al oído para decirles «¡ustedes faltan!»

Ya me parece que oigo á alguien exclamar: «No, hombre, no; no es eso. Aquí se trata sólo de evitar el escándalo que causa trabajar á vista del público.» A esto respondo que la ley cuando castiga delitos ó faltas, los castiga, y debe castigarlos, no porque se verifiquen en público ó en privado, sino porque son en sí actos dignos de pena, ya que la publicidad podrá en determinados casos ser circunstancia agravante, pero la ocultación no será nunca causa eximente. Además que, si en tal sentido debiera interpretarse dicha ley, tendríamos en el presente caso un motivo más para impugnarla, dado que se hubiera dictado espresamente contra los infelices que por precisión delen trabajar al aire libre.

«Si se averiguase que esos señores á que usted se refiere, trabajan en días festivos, se les castigaría.» Esto me objetarán sin duda algunos. Pues bien, apuesto uno contra ciento que los que esto repliquen, regañarán al panadero si todos los lunes no les sirve el pan tierno; se enojarán contra el tablero si les precisa en sábado comprar tajadas para dos días, y pondrán el grito en el cielo si en domingo se les cierra el teatro, no obstante de saber que ni el panadero, ni el cortante, y mucho menos el el cómico, tienen bula del Obispo.

«Mire V., objetará todavía algún espíritu pacato; en Suiza, en los Estados-Unidos, y en Inglaterra es de rigurosa observancia el descanso del día séptimo. ¿Porqué no hemos de imitar á estas naciones modelo de pueblos cultos?»

Y yo contestaré: ¿Pues sólo en estas pequeñas debemos imitarles y no en lo demás? A bien que ellos ya se van cansando de semejante rigidez impuesta, más que por otra cosa, por las frialdades de su religión protestante que un pueblo católico como España no puede tomar por modelo.

No faltará tampoco quien defienda la tesis que combato, diciendo que es cuestión de higiene descansar un día de cada siete. Conformes. Pero también es cuestión de higiene lavarse la cara, y sin embargo á nadie se pena porque no se la lava.

En una palabra; encuentro muy bueno, y muy santo, y muy lógico, y muy higiénico, no trabajar en días festivos; pero encuentro muy fuerte imponer una pena al que en ellos trabaja. Sobrada pena tiene el pobre en trabajar cuando los demás huelgan.

JUDAS TADEO.

MARTIR SIN GLORIA

Rosa era la muchacha más hermosa
que pisó nunca tierra gaditana;
tan tierna y tan graciosa,
que aún llamándose Gila, ó Sebastiana,
la hubieran todos reputado rosa,
y rosa del Abril la más galana.

Cuando del mar jugando en la ribera
los piés hundía en la salada espuma
cual blanco cisne que por vez primera
al mar entrega la sedosa pluma;
cuando rotos los aureos pabellones
del claro sol en la colina ingente,
saltándole la risa á borbotones
á su casa tornaba alegremente
llena el hald de conchas coloradas
que despues convertía
en pulseras, collares y arracadas
más bellas que joyel de pedrería;
cuando en el templo ante el altar de hinojos
levantaba al Señor sus oraciones
aun mas que con los labios, con los ojos
cargados de visiones;
ó cuando dormitando respiraba
con el suspiro de avejilla herida,
y el sonris en su boca enrojecida
aérea mariposa semejava
del clavel mas fragante suspendida;
tomado por arcangel se la hubiera
que á modo de paloma mensajera
se desbandara del celeste coro,
y el fatigado vuelo,
derretidas en luz las alas de oro,
hubiese reposado en este suelo.

Bellísima era Rosa;
mas aunque mucha su hermosura fuese,
su prez no consistía en ser hermosa,
ni en derramar de gracia los raudales
como si el mar depositado hubiese
en cuerpo tan gentil todas sus sales,
sino en aquel rubor de la inocencia
que su limpia conciencia
le arrojaba á la faz con mil corates.

Como tigres que dejan la caverna
al percibir olor de carne tierna,
en pos de las mujeres van los hombres:
(y de esta verdad neta no te asombres,
ni por ella me llares descocado,
oh tu, lector amigo,
pues si ya á los treinta años hasllegado,
y no los has vivido emparedado,
comprenderás que es cierto lo que digo).
Joven, graciosa y bella
la Rosa de mi cuento,
¿como podía no llegar hasta ella
de algun galan el seductor atento?

A miles los oyó, que su hermosura
era de almas imán; mas con tan pura
sonrisa ella acogía estos amores,
que al romper en la playa entre la espesa
turba de adoradores,
parecía á esos rayos cuya lumbré
sin empañarse límpida atraviesa
de tamos bulliciosa muchedumbre;
pues Rosa virgen de alma, en sus risueños
y castos devaneos
no traspasó jamás con sus deseos
el limite encantado de los sueños.

II.

De la linda doncella era vecino
D. Simeon que de Matanzas vino,
con un barril de doblas negitanas,
una pérvida tos y muchas canas.

Vió á Rosa el tal vejete,
y sintió que su cálida mirada
le hería el corazón como un ariete
que rompe la muralla mas guardada;
y no pudiendo ya con el hastío
de su misera vida de soltero,
encendido en amoroso desvarío,
pensó con Rosa á cambio de dinero,
partir su tos, y compartir su frío;
y deseando rematar sus penas,
una mañana remozó su facha,
y cargado de dijes y cadenas
el viejo americano
á la casa se fué de la muchacha
de Rosa á demandar la blanca mano.

Un horizonte vislumbraron de oro
los padres de la niña no entendiendo
que el matrimonio es un comercio horrendo,
venta infame de dicha y de decoro,
cuando el amor al corazón no roba;
y aunque Rosa pugnó con heroismo,
entró por fin en la nupcial alcoba
como pudiera entrar en un abismo.

La niña se casó desamorado...
mas que pasó ¡Dios santo! en la primera
noche de aquella boda desdichada,
que apenas derramó su luz la aurora,
Rosa, mas blanca que la blanca cera,
ciñendo el velo aun de desposada
y mascullando una espantosa queja,
del nuevo hogar salió y se echo á la calle,
como la alondra que la jaula deja
volando en busca de repuesto valle?

Despavorida la infeliz huía...
y á medida que el paso aceleraba,
cada piedra, al tocar le parecia
mano de acero duro,
que adelante, adelante la empujaba,
y cada pensamiento un grueso muro
que entre su esposo y ella se elevaba.

III.

Aunque nadie sabía porque Rosa
se rebeló contra el sagrado yugo,
el mundo, ese monton de culebrones
que se nutre de roer los corazones,
vió sin marido á una bizarra esposa,
y tomando caracter de verdugo,
en la honra más intacta y más sencilla
hundió de la calumnia la cuchilla.

Ni en el paterno hogar encontró abrigo
la mujer desvalida, porque ardieron
de furor enemigo
sus ciegos padres que su mal causaron,
y cuando disuadirla no pudieron,
inclementes las puertas le cerraron.

En tan fiero abandono
aun mas sintió terror que sintió encono;
y espantada ante el negro pensamiento
de volver á aquel lecho lujuriento
de donde le apartaba la conciencia,
quiso torcer su malhadada suerte,
ya que no le era dable por la muerte,
al menos enviudando por la ausencia.
Rosa con este norte
se trasladó á la corte,
y en una estancia triste como su alma
se refugió, y vivía,
sinó con alegría,
con libertad al menos y con calma.

La aguja siempre en el nervioso dedo,
el peñal en la falda desplegado,
y en el pecho clavado
ese agudo puñal que llaman miedo,
sin cesar trabajaba locamente,
mientras iba tejiendo en su memoria



EN EL MUSEO

con los rayos divinos del pasado
y las sañudas sombras del presente
la lúgubre mortaja de su historia.

Pero ¡ay! que sola, una mujer si es casta
con sus fuerzas no basta
á contrastar de la miseria el peso!
Por mas que trabajaba con esceso
un día ruió el hambre en sus umbrales:
era invierno: partículas de nieve
mariposeaban ante los cristales;
vibraba el frío su saeta aleve;
y el cielo que ¡oh lector! se semejaba
al que á través del llanto siempre vistes
cada vez que llorastes, ostentaba
ese gris perla de los días tristes.

Las pupilas de Rosa se apagaron
cargadas de fatiga,
sus dedos por el frío se garfiaron,
y se dobló su cuerpo como espiga.

Arrojó un grito demandando ayuda,
mas su clamor tan solo lo oyó el cielo:
que mientras loca, trémula y desnuda
la infeliz se arrastraba por el suelo,
el estruendo del canto y del sarao
de la orgía mezclado con el vaho
con que rico banquero
celebraba su suerte de fullero,
subiendo atronador en olas iba
del piso principal al quinto piso,
cual si el infierno blasfemase arriba,
y abajo se alegrase el paraíso.

Ecos tal vez de aquel clamor sonaron
en las pobres estancias mas vecinas,
pues en breve en el piso penetraron
alarmadas algunas inquilinas.

«¡Pobrecita! dijeron
al ver caída á Rosa, y añadieron
«id á buscar un médico enseguida,
porque ó sinó se vá á quedar sin vida.»
Y con tanto entusiasmo
prestó auxilio á la enferma aquella gente,
que Rosa volvió luego del marasmo,
de modo que al entrar allí el galeno
con aire displicente,
ya recobrado la muchacha había
de su semblante cándido y sereno
la aureola de hermosura y de poesía.

El médico la estuvo contemplando
ojos poniendo de codicia en ella,
y es fama que bajando
la escalera, decía, atravesando
de los vecinos el espeso enjambre:
«es demasiado bella
esta mujer para morir de hambre.

IV.

Al caer la tarde del siguiente día,
Rosa, mostrando agitación sombría,
el pestillo encajaba,
vuelta daba á la llave de su puerta,
y tras ella los muebles apilaba;
y asomándose luego á la ventana
de par en par abierta
arrojaba un collar de filigrana,

Diez minutos despues en la escalera
se oyó rumor de pasos comedidos;
y Rosa acurrucada en una estera
lloraba y se tapaba los oídos.

Un, dos y tres veces blandamente
rozaron unos dedos la madera
de la puerta cerrada previamente,
y luego acompañando esta porfía,
en tono dulce, persuasivo y quedo
se oyó la voz de un hombre que decía:
«abre, Rosa, soy yo: no tengas miedo.»

De ira ó vergüenza, de temor ó de asco

ensordecer queriendo la muchacha,
abrió un armario, y recogiendo un frasco
bebió y bebió hasta que cayó borracha.

V.

Poco tiempo despues la infeliz Rosa,
la perla gaditana,
la niña ruborosa,
de ojos azules y de tez de grana,
negra la faz y deprimido el pecho
tras horrorosa angustia
del Hospital moria sobre un lecho
cual azucena quemada y mustia.

Y al pasar la visita unos señores
por aquella crujía de dolores,
un hombre grave, taciturno, enteco,
cuya cascada voz tenía el eco,
de aquella voz que tímida y melosa
llamó un día de Rosa
á la cerrada puerta,
al ver el cuerpo de la niña muerta
por borrachera de honra, y de heroísmo,
exclamó con desden y risa cínica:
«Un caso de alcoholismo:
Mañana este cadáver á la clínica.»

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA.

LA TARJETA EQUIVOCADA

(Continuación)

CAPITULO VIII

Despues de haber despedido á sus acompañantes, se
disponía D. Crisanto á entrar en el portal de la fonda
en que se hospedaba, cuando de pronto se vió rodeado
por tres individuos de dudosa fisonomía, uno de los
cuales le preguntó:

—Es V. D. Crisanto Catavientos?

—Muy servidor de V.

—Pues dése preso.

—Jesús, Eso me faltaba! Y puedo saber....

—Pregúnteselo V. al Sr. Gobernador, á cuya presen-
cia vamos á traerle.

D. Crisanto creía ser víctima de una pesadilla. Sin
dejar de hacerse cruces siguió á aquella gente, camino
del Gobierno Civil, pensando qué nueva calamidad la
había deparado la fortuna.

CAPITULO IX

Al entrar en el despacho del Gobernador, ¡oh felici-
dad! vió á su amigo Antonio, y con el el cielo abierto.
Sin poderse contener corrió á echarle los brazos al cuc-
llo, balbuceando:

— Oh! amigo mío!

—Calaverón! le dijo Antonio abrazándole. (Que me
hayas obligado á denunciarte!

—Cómo á denunciarme? contestó con asombro Cri-
santo.

—Caballero; dijo entonces el Gobernador, dirijien-
dosc con tono severo á Crisanto. Comprendo que hay
en la vida momentos terribles que abruman el alma
mejor templada.

—Sí, señor, y los que desde ayer estoy pasando son
de ese calibre, y aun algo mayores. Créalo V. E.

—Aunque así fuese, no debe nunca el hombre que en
algo se estima acudir á extremos que constituyen un
agravio á la pública moral, una abdicación de toda dig-
nidad y una vergüenza para la familia.

—Eso digo yo; pero si á uno le obligan....!

—A esos medios solo obliga la cobardía. El hombre
de corazón fuerte sabe sobreponerse á toda miseria.

D. Crisanto oyendo esto quedó con la boca abierta,

Antonio le miraba sonriendo con socarronería. El Gobernador continuó:

—Sí, caballero, sí: V. ha dado pruebas de mal corazón, de ser mal padre. V. con la inmoralidad de su conducta, se ha hecho despreciable ante la sociedad.

D. Crisanto estaba consternado.

—Y qué le parece á V., añadió el Gobernador creyéndose al ver el éxito de su homilia, qué le parece á usted qué sería á estas horas de su esposa y de sus hijos, sin este buen amigo que se ha desvelado para apartarle del abismo á que se iba V. á precipitar?

D. Crisanto quiso hablar, pero la garganta se le anudó, y disparó un gemido.

—Yo debería ahora, cumpliendo con mi deber, entregar á V. á los Tribunales para que le impusiesen el condigno castigo. Pero V. me parece tocado de arrepentimiento, y yo no gusto de extremar las medidas de rigor; por tanto, si protesta V. de no imaginar jamás atentados semejantes, le dejaré en libertad, previniéndole que sin pérdida de minuto tome V. el tren para Logroño, y se reuna con su familia, á la cual debe con su cariño hacer olvidar ese extravío que tantos dolores le ha hecho sufrir.

D. Crisanto no dejaba de hacer signos afirmativos con la cabeza, privado como estaba de concertar una palabra.

—Así pues, concluyó el Gobernador viendo las mudas protestas de D. Crisanto, dé V. las gracias á la buena intervención de D. Antonio, y vaya V. con Dios quitándose para siempre de la cabeza todo pensamiento mujeriego y demás locuras que tan mal sientan en un hombre de su edad.

Dicho esto se despidieron con la mayor cortesía del mundo.

CAPITULO X

—Antonio, por la salud de mis hijos que me expliques lo que pasa; dijo Crisanto en cuanto respiró el aire de la calle.

Antonio echándose á reír á carcajada suelta refirióle lo ocurrido. Al enterarse del cambio de tarjeta, Crisanto arrojó un estrepitoso suspiro cual si le hubiesen quitado una montaña de encima, y dijo:

—Ahora lo comprendo todo; acaba, que despues te contaré yo mis aventuras.

—No sabiendo dónde encontrarte para remediar mi torpeza, continuó Antonio, te digo que me desesperaba. Pero juré salvarle á todo trance, y ¿qué hice? Me fui á encontrar al Gobernador que es muy amigo mio, y le dije: «Tengo un amigo que se llama fulano, el cual, encaprichado con una mujer abandonó su familia dejándola sumida en el mayor desconsuelo. Este amigo, despues de haberse gastado el último real ha descubierto que su querida le era infiel, causándole esto tal desesperación que esta mañana me ha escrito una carta en la que me noticia que ha decidido matarla hoy mismo, y luego levantarse los sesos. Es hombre de resolución, y lo hará como lo dice. Dónde vive no sé, y por eso acudo á vuestra presencia para que ponga en movimiento á la policía á fin de evitar un doble crimen.» El Gobernador dictó al punto las órdenes necesarias para su hallazgo, y yo me quedé esperando tu venida. He aquí explicado el misterio que no comprendías. Ahora, cuéntame tus aventuras.

Crisanto lo hizo de «pe» á «pa», y luego añadió:

—En tan amarga situación acudíome un recurso ingenioso. Yo pensé, si acudo á la cita y el capitán no comparece, y se levanta acta de ello, quedaré en honroso lugar, y tan desprestigiado mi rival, que no le entrarán deseos de volver á hablar del asunto. ¿Cómo conseguirlo? Pues de este modo. Voy, y envío al Capitán General un anónimo confidencial en que le digo que esta madrugada estallará en esta ciudad un movimiento republicano, lo cual me constaba por ser yo uno de los militares comprometidos en la intentona. Naturalmente, el General hizo lo que yo pensé que haría: encerrar las tropas en los cuarteles. Confiado en que el capitán Barranco por esta causa no podría acudir al lugar del duelo, avisé á un

notario para que á las cinco de la madrugada viniese á buscarme al objeto de levantar acta de que nadie más que yo se encontraba á aquellas horas junto al cementerio. Costóme algun trabajo encontrar notario, pero con buena maña y algun dinero al fin lo encontré. El capitán no vino, el acta se levantó, y despues nos fuimos de aquel sitio. ¿Qué te parece la idea?

—Hombre, peregrina como tuya; pero habrías arriesgado mucho, para no lograr resultado alguno, si aquí no estuviese yo para remediar el error en que el cambio de tarjeta ha hecho incurrir al capitán.

No tuvo tiempo de contestar Crisanto á su amigo, por que sintió que le daban un golpecito en la espalda. Volvióse, y se encontró con el militar de los grandes bigotes, el cual le dijo:

—Amigo, pensaba venir á verle para manifestar á usted que impedido el capitán Barranco de comparecer á la cita que usted sabe, mañana aguardará á usted á la misma hora y en el mismo lugar.

—Oiga usted, oiga usted! exclamó Crisanto metiendo la mano en el bolsillo con ademan de sacar la famosa acta. Pero Antonio, al objeto de evitar alguna barbaridad de su amigo, se interpuso diciendo:

—Caballero, permítame usted una pregunta. Sabe usted en dónde podría ver en este momento al capitán Barranco?

—En la Capitanía General.

—Muchas gracias.

—¿Qué pretendes? preguntó Crisanto á su amigo en cuanto se hubo alejado el militar.

—Deshacer el enredo; contestó Antonio. Ven conmigo. Y cojiéndole del brazo se lo llevó á remolque.

(Se continuará)

SONETO

Que grato me parece aquel estío
que en vez de achioharrar me dá frescura!
y que gozo el invierno me procura
si me ofrece calor en vez de frío!

Si el médico receta lo que ansío,
sabio, aun siendo un rocín se me figura;
y de piadoso y cuerdo alabo al cura
que absuelve á todas horas mi desvío.

Admiro por hermosa y por lozana
á la manzana si parece cera,
y á la cera si imita una manzana.

Y me enfado conmigo si en mi mente
mi ilusión mata la verdad severa...
Pues solo nos agrada lo que mienta!

NUESTRAS LÁMINAS

PALOMA Y GAVILAN

Aquí la paloma es una nina que acaba de sacudir el sueño, y hace la ablución matinal con el más confiado descuido, y el gavi-lan es el portero de la casa, viejo zamarro que haciendo como que barre la escalera, aprovecha la ocasión de encontrar la ventanilla abierta para mirar lo que hacía muchos años no había logrado ver.

EN UN MUSEO

—¿Y quién será éste?
—El catálogo dice «Narciso».
—¿Si será mi novio!
—¿Qué ha de ser! ¿No ves que este no lleva patillas?
—Es que podría haberse hecho retratar antes de dejarse crecer el pelo.
—Pero, mujer, así en traje tan ligero?
—¿Qué sabes tú? ¡El lo es mucho!

UN SOPISTA

El no revolverá mucho las hojas de Nebrija y Calepino, pero lo que es los sesos de las muchachas del contorno, si que los trae más batidos que huevo de tortilla. La guitarra hace en su mano el mismo oficio que hacia la espada en la mano de Alejandro de Macedonia cuando conquistaba al mundo. Esos cintajos con que adorna el instrumento, son despojos de sus victorias. Cada cinta representa una batalla ganada en el campo del amor.

Tip DELCLÓS y BOSCH, Sta. Monica, 2, Pasaje.



UN SOPISTA